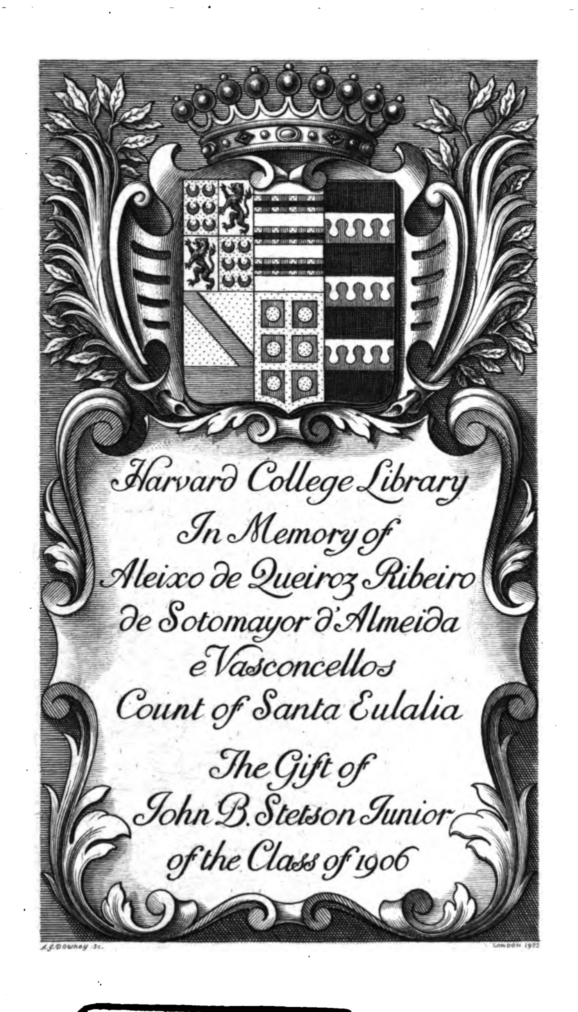

SAL
5940
42.110

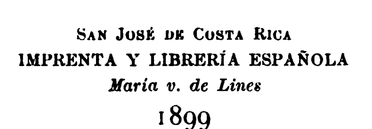



Harvard College Library
In Memory of
Aleixo de Queiroz Ribeiro
de Sotomayor d'Almeida
e Vasconcellos
Count of Santa Eulalia
The Gift of
John B. Stetson Junior
of the Class of 1906
A.J. Downey Sc.
LONDON 1922

CÉSAR BORJA

PATRIA

POEMA



San José de Costa Rica
IMPRENTA Y LIBRERÍA ESPAÑOLA
María v. de Lines
1899

«Ma la gloria non vedo,
Non vedo il lauro e il ferro ond'eran carchi
I nostri padri antichi»....
Che lividor, che sangue!.... dite, dite;
chi la ridusse á tale?....»

LEOPARDI.

PATRIA

Á DOLORES SUCRE

Noble musa del Guayas,
heredera feliz de excelso nombre:
nunca los sones de tu lira de oro
fueron para lisonja, ni tus labios
diéronse al canto rítmico y sonoro,
para vergüenza ni desdén del hombre.
Tú has retado á la suerte, y sus agravios
jamás rindieron tu altivéz de diosa.
Y has cantado al dolor, al dolor fuerte

que martiriza al corazón, y exprime
gota á gota su sangre, y lo destroza,
pero que lo levanta, ó le redime
de su propia miseria, con la muerte,
más que la vida, á veces, generosa.

Y has cantado al dolor, porque has sentido,
á los golpes crueles de su mano,
allá en tu propio voluntario olvido,
sangrar tu corazón, y de repente
el llanto afluir á tu pupila. y luego
á tus labios, en verbo soberano
de magníficas cláusulas de fuego,
el raudal luminoso de tu mente.
Pero ¡oh musa gentil! tánta ventura
compensadora de martirio tanto,
¿quién la puede gozar sinó quien siente
y es digno de sentir con la amargura
del dolor inmortal, que es Numen santo?

Tu has cantado á tu pueblo en la nobleza
de héroe sin nombre de la patria historia,

símbolo de virtud y de heroismo.
Y, ante el ara del bien y la grandeza,
has entonado un cántico de gloria
al prócer magno, al semidiós austero,
tán grande en la piedad de la victoria
como nunca jamás otro guerrero.

Musa gentil, nacida por ventura
de sangre de héroe de la estirpe ilustre
de Sucre insigne: duradera y cara
y amable gratitud te guardan fieles,
al par mi corazón y mi memoria.
Y á mostrártela vengo, á tí que un día
diste alivio á mis dolores crueles,
cuando, proscrito de la patria mía
mi hogar querido, me robó la muerte
la dulce niña que me dió la suerte
para ángel de mi hogar y mi alegría

Pues ¿á quién dedicar sino á tí debo
mi pobre canto por la patria escrito,
hoy que las penas de la patria llevo

con pena propia á las remotas playas,
ay! donde vivo, por mi mal, proscrito
del cielo hermoso y del pensil del Guayas!

Tú tienes corazón: en él se inspira
tu alma de musa; y mis amargas quejas
tendrán en él, como en mi propia lira,
seno de acorde suave.
Viajero trovador, llego á tus rejas
en el silencio de la noche grave
y te digo el adiós, ¡ay! y te digo
el adiós á la patria....!
Notas duras
de imprecación y de protesta, y notas
de anatema también tiene mi canto;
mas cuán grandes no son las desventuras
de mi patria infeliz ¡oh amiga! cuanto!

. . . .

. . . .

. . . .

Vine de lejos por la dulce patria,
mi hogar dejando. Mi enconada pena

puse en olvido y el agravio injusto;
y el alma traje de esperanzas llena,
y henchido el pecho de inefable gusto.

Sentí el aliento de las patrias brisas,
como soplo de vida; el sol fulgente,
como el calor de juventud que el alma
en los albores de la vida siente.
Ví en los vergeles de las playas, risas;
ví en las colinas, placidez y calma;
y fuerza y brío, en la pujante palma
que se mira de lo alto en la corriente

Volví á extasiarme en la visión del río
bello, anchuroso, de verdor flotante
donde su techo rústico el bohío
alza entre frondas de jazmín fragante.

Volví á extasiarme en la visión extraña
de los Andes magníficos y eternos,
donde, reina del valle, la montaña
tiene el fuego del trópico en la entraña

y en la cima encumbrada, los inviernos.

Volví á extasiarme en los azules lagos
ceñidos en la mies de la llanura,
do el fresco soplo de los vientos vagos
grana la espiga fértil y madura.

Volví á extasiarme en la visión del cielo
de mi patria sin par, alma belleza,
domo de luz para el fecundo suelo
que le dió al Ecuador naturaleza.

Todo trajo á mi espíritu sediento
de hermosura y de paz, dicha sin nombre;
pero ¡oh musa gentil! mi pensamiento,
al buscar insaciable otro elemento,
tocó en el odio de reptil del hombre.
El Edén era así, la patria bella
hecha por Dios con su mirar clemente;
pero ¿sabes, ¡oh musa! ¡oh, clara estrella!
junto á la luz de la divina huella
puso rastro de sombra la serpiente.

Ay! En la patria mía
la sombra está sobre la luz! ¡Qué horrenda
sublevación del mal! ¡Cómo sacude
su cabeza de víboras crinada
la Discordía frenética y tremenda!....
Cuál teme y llora la virtud callada!
Y cuál la tiranía
el girón negro del terror desata,
amenaza y corrompe, exalta al crimen,
y, mofando el dolor de los que gimen,
el bien proscribe, y envilece ó mata!....

Parece que la muerte
con el mal de la patria, pacto hiciera.
¡Oh dulce amiga! escúchame, y advierte
cómo de la antes aguerrida hilera
de los hombres de bien, cuan pocos hombres
quedan, cuan pocos de pujante vida,
que el muro opongan de sus altos pechos
contra el mal de esta patria tan querida.
En polvo los demás yacen deshechos,
y temo, cara amiga, que sus nombres,

y temo que la fama de sus hechos
que gloria son y de virtud ejemplo,
no duerman ya bajo el pesado olvido,
como yace en escombros demolido
de Gloria y de Virtud el patrio templo.

¿Dónde los herederos
están de aquellos máximos varones?
Ya no existe el mayor de los postreros,
Carbo sin mancha, el único, el ilustre....
. . . .
Con él murió la sucesión y el hombre;
sólo queda su nombre,
su nombre propio, su exclusivo lustre....
. . . .
La herencia está yacente,
y el estadío, desierto.
¿En dónde está la juventud que estuvo
de aquel anciano sin igual, pendiente?
¿Un bronce, piensa, para honrar al muerto
y olvidarle después?.... Su sangre ardiente,
su brío empeña en combatir en vano

en torno al rojo pabellón, que tuvo
terco, tenaz, indómito en la mano,
de guerra en guerra estúpida, un valiente
de audacia y de ambición: hoy, un tirano.

¡Y un tirano vulgar!.. Oh escarnio! oh mengua!
¿Qué son los bronces que en granito alzámos
á nuestros padres ínclitos? La lengua
se resiste á decirlo, vana pompa:
vana pompa, no más, que ayer la llama
del incendio amagó, cuando el incendio,
como azote de Dios, sopló en castigo
y arrasó nuestros lares!.... En espanto
la fiesta se mudó, que era mentira
de nueva libertad; el gozo, en duelo;
la pompa, en luto y en clamor; y en tanto
vió el Sol tres veces á la llama en ira
tres veces libre devorar el suelo,
secar tres veces nuestro inútil llanto.

Un tirano vulgar! ¡Oh cuán estériles
la sangre, y el dolor, y el sacrificio

de las víctimas! ¡Ay! Sobre la tierra
que azotó el huracán, llena de escombros,
cubierta de cadáveres, el vicio
sustenta en pié sobre sus anchos hombros
á la furia de llama de la guerra,
cual sustenta al volcán el precipicio.

Aun clama al cielo ése dolor; y en tregua,
no en paz los odios, ni á piedad rendidos,
se tienden tenebrosas asechanzas
para nuevo combate apercibidos,
para nuevo furor....
¡Cómo cayeron,
ante ese cuadro de exterminio ¡oh musa!
en tristeza mortal mis esperanzas!
Presa de espanto el ánima y confusa,
cruzo este valle de rancura y dolo,
desconfiando, ¡cuán triste! del amigo;
evitando el mirar del enemigo,
y, en tierra propia, como extraño, solo.

Ya vuelve el huracán! Los inocentes,

unos, al filo del rencor murieron;
otros, en dura condición vivimos,
de amor y patria y amistad ausentes.
Pueblos rebaños morirán, que fueron
siempre la carne de cañón, que vimos
desfilar al combate, entre clamores,
como pasa hacia el circo desatada
al sonido del cuerno, la torada
ciega, á morir ante ínclitos señores....

Luego será la paz, y tán profunda
como el silencio de terror que flota
sobre el campo mortal de la derrota,
cuando la noche fúnebre lo inunda.

. . . .

¡Cuánto el mal de mi patria me entristece
y cuánto abandonar mi tierra hermosa!
Mi propia pena con sus penas crece,
y que ya no he de verla me parece
ni infeliz cual la veo, ni dichosa.

Adiós musa gentil! Musa del Guayas,

piensa, no olvides á tu pobre amigo,
que allá, del Norte en las remotas playas,
el nombre tuyo vivirá conmigo.

Tú tienes corazón: en él se inspira
tu alma de musa; y mis amargas quejas
tendrán en él como en mi propia lira,
seno de acorde suave.
Viajero trovador, llego á tus rejas
en el silencio de la noche grave,
y te digo el adiós, ¡ay! y te digo
el adiós á la patria!....
Notas duras
de imprecación y de protesta, y notas
de anatema también tiene mi canto;
mas cuán grandes no son las desventuras
de mi patria infeliz, ¡oh musa! cuanto!....

Benditas, ¡ah! mis amarguras fueran
y el dolor de mis hijos desterrados,
si con martirio de inocentes dieran
venturas á la patria los... menguados...

Guayaquil, Noviembre 1898. CÉSAR BORJA.

I

«¿Por qué grandeza tanta
puso entre abismos Dios?»
Verdaguer.—«CANIGÓ».

Qué hermosamente desmayó en tristeza
la deslumbrante claridad de fuego
del ocaso del Sol. En agonía
lenta, la luz palideció en la altura,
en el silencio místico y la calma
de éxtasis de la tierra y de los cielos.
Como la garza que, en el aire herida,
cae á morir bajo sus alas róseas,
del patrio río en la querida vega,
así el efluvio que doró el espacio
al suspiro del Sol, cayó á apagarse—
lampo de rosa—en los celajes tristes,
allá en el linde del azul tendidos,
como la playa en el confin remoto
de adormecido piélago.

En la sombra
se esfumaron los términos distantes
de la llanura inmensa; de las cumbres
rodó la niebla á los dormidos valles;
llenó el espacio la impalpable bruma
de la primera obscuridad; la inmóvil
pampa del yermo se nubló aterida,
y en la infinita soledad del páramo
se dilató tristísimo el silencio.

Qué desamparo ¡oh Dios! ¡Cuan hondamente
sentí la ausencia de mi hogar querido,
que allá en el valle hospitalario y quieto
del Norte está, donde proscrito estuve!....

Reina ahora la noche, helada, y negra,
y espantable, y letal, como el profundo
reposo de sus piélagos; y brillan,
allá en la obscura eternidad suspensos,
tristes y dulces los eternos astros.
Mundo muerto es el páramo en la noche,
y proscrito del Sol. Todo, hasta el aire

calla en frío mortal. Medroso el indio
busca temprano en la abrigada hondura
su choza de pajón, y, en la caverna
oculta de la escarpa, pliega el cóndor
sus alas, al crepúsculo; hasta el viento,
se entumece y abate. Solamente,
cuando las nieblas, como mar dormído,
al primer lampo de la luz blanquean,
que entre las crestas del Altar asoma,
la estéril paja que en el yermo crece
pinta en tristeza al páramo; y, más tarde,
cuando al suelo profundo llega el rayo
aureo y tibio del día, se levanta
con bramido de mar, rápido y ágil,
de salto en salto el viento; y, como el perro
travieso y juguetón, que de improviso
sobre el rebaño de vellon de albura
cae, y retoza y brinca, y abre claros
entre las mansas tímidas ovejas,
que huyen en dispersión; así en la tropa
de nieblas cae con violento soplo
la racha matinal: salta, las vuelca

las arrolla, las barre, las persigue
de la tierra al espacio y á las cumbres,
hasta que, en mil girones esparcidas,
se pierden esfumándose—Y entonces,
bajo el azul expléndido del cielo,
dorados por el Sol, rien los valles;
la llanura verdea; en el espacio
las cimas albas de los Andes fulgen;
y traza el cóndor con sus fuertes alas,
del amplio vuelo la espiral inmensa,
la grey espiando que en la loma pace.

*
* *

Reina ahora la noche. El infinito
páramo duerme en impalpable sombra,
y en la tiniebla el resplandor se pierde
de las llorosas pléyades. Tan sólo
se ve en el aire, sobre el fondo obscuro
á trechos constelado, la alba cumbre
de nieve del coloso. Sobre el caos
de la callada soledad sombría,
y en su misterio inaccesible, impera,
rey del espacio ennegrecido, el monte.

Parece un astro de luciente nacar
gravitando en la sombra: de sus nieves
no holladas y blanquísimas se esparce
fulgor opaco de nublada luna,
que á trechos cae sobre el haz de nieblas
que flota en torno de la ingente mole.

¡Qué grandeza sin par, bella y salvaje!
Resístese á creer el pensamiento
que sólo sea de granito y lava
aquel gigante, que del negro abismo
surgió hasta el éter al potente soplo
de marino volcán. ¡Oh qué sublime,
sobre el horror de la siniestra noche,
su incomparable magestad serena!
Se me figura que en aquella cumbre
vive en perenne pensamiento el alma
del Tiempo y de la Historia; que medita,
mirando al orbe, en su recuerdo oculto,
y en el destino para el hombre ignoto
del mundo y de los seres. Me parece,
que ve el presente y lo pasado muerto

y el no sabido porvenir; que asiste
al nacimiento fragoroso y largo
de la América inmensa; ve el combate
horrísono del mar con las montañas,
la borrasca bravísima batiendo
los flancos rudos de las moles ígneas
resurgidas del piélago. A sus plantas
ve el terremoto horrendo, y cómo nacen
del antro y de la roca y de la cumbre,
los lagos y los ríos y las trombas
de hirvientes humeantes cataratas.
Los tiempos ruedan á sus pies, dejando,
tras seculares étapas, el limo
fecundo de la vida; y sobre el dorso
del mundo nuevo que los montes guardan,
ve cual levanta su dosel el bosque;
tiende su lecho de esmeralda y oro
el valle, en torno de apacibles sombras;
su lujo el florestal; y sus arenas
de azul, cubiertas de menudo nacar,
las playas combas, á la undosa orilla
del mar cerúleo, en sus dominios manso

Después, el genio del coloso escucha,
no ya el tronar de cráteres rugientes
del tempestuoso génesis andino,
sinó un rumor de cántico: el concierto
de la vida en transporte, que despierta
al deleite de ser; á los arranques
del amor impetuoso; á la ardua lucha
sin par de la existencia, y á la absorta
visión fascinadora primitiva
del hermoso ideal de lo futuro.

Cruza la tribu errante en son guerrero,
y canta la victoria; y, donde asienta
su aduar, enciende la sagrada pira
de sacrificio al Sol, y pone el ara;
crea la patria y defenderla jura,
y lanza al aire silbadoras flechas
que alto poder y libertad pregonan.

¡Oh rey de inmoble pedestal, y eterno!
Tú viste del Pichincha y del Purúha
las naciones viriles, y las tribus

indómitas de Azuay y Huancavilca
teñir sus armas en la sangre ardiente
de la tribu invasora. El poderoso
Inca cejó de su atrevida empresa,
cien veces antes de triunfar. Tú viste
al bravo Duchicela, en la jornada
rendir la vida pero nunca el cetro,
que el Inca vencedor, no bien seguro,
jamás rigiera si á pedir no fuese
la esmeralda real, dócil vencido
al fuerte imperio de la hermosa Scyry.
Tú viste luego al español bizarro
de blanca tez y de ferrados miembros,
conquistar el Imperio que, del Cuzco
antiguo al Maule y al remoto Mayu,
dilataron los Incas. Y más tarde
vino en tu frente á reflejarse el Iris
de Colombia inmortal, cuando sus huestes
clavaron su pendón sobre el Pichincha,
gloriosa luz de América. A tu solio
llamaste al héroe, que escaló atrevido
los muros de cristal de tu palacio,

é inebriado en el éter, vió á sus plantas
la tierra hermosa del extenso mundo
que él libertó de la Corona Ibera.
Bolivar es el héroe: su alta frente,
empapada en la luz del infinito,
y en delirio sublime, siente el roce
de las alas sonantes de la Gloria,
y dicta en verbo de rotundas frases,
monólogo inmortal....
¡Oh chimborazo!
También el canto de victoria oiste
del Tírteo de América, que el Guayas
venera en bronce perdudable. Viuda
la épica lira está, viuda en la fronda
de *opaco tamarindo;* pero es fama
que, al roce del laurel que la circuye,
repite el canto que en las cuerdas duerme,
á cuyo son los vientos y las olas
roncos, proclaman los gloriosos nombres
de Bolivar y Sucre, y el del bardo
de la Epopeya de Colombia, Olmedo.

II

«En otros siglos pudo ser pecado
severo estudio, y la verdad desnuda,
y romper el silencio el bien hablado».

QUEVEDO.

Mas ¿qué pienso, qué digo, qué memoria
gloriosa evoco, si á la dulce patria
huérfano llego y con la sombra inmensa
del destierro en mi espíritu, y el luto?
Si aún me muerde el corazón la sierpe
del dolor irritada, y con mi aliento
borrar quisiera de la patria mía
hasta la huella de la aciaga prole
del protervo Caín!....

Triste viajero
del yermo andino, en la tiniebla helada
de la noche del páramo, perdido,
la mirada espacié vuelta á la altura
del Chimborazo excelso; y suaves ondas

de la alba luz que su cristal despide,
vinieron á mi frente; y, como al lampo
primero de la aurora ciegas huyen
las aves negras que abortó la noche,
de mi ánima afligida así volaron
mis ideas sombrías, mis recuerdos
de luto y de dolor, y hasta el enojo
se alejó de mi espíritu ése instante.
Entonces descansé sobre la roca
que bordea el abismo; fijamente
miré al coloso que, en la azul penumbra
del firmamento, vaporosa y suave
claridad de su cúspide fulgía;
y en el albor purísimo del monte
sumergidos mi espíritu y mis ojos,
dejé vagar mi pensamiento alado
en torno de la cumbre, alto testigo
y heraldo un tiempo, de las patrias glorias.

. . . .

Pero he vuelto á la senda: mis sentidos
se pierden en la noche; ya mi planta

baja de nuevo la pendiente ruda
del páramo letal; vuelven las sombras
á infiltrarse en mi ser; mi pensamiento
se concentra aquí abajo á la mezquina
realidad presente, y me recuerda
que en esta tierra do asombró á la Historia
tanto genio inmortal, grandeza tanta,
hoy, sobre el polvo de insepultos cráneos
de millares de víctimas, trafica
sólo una raza de pígmeos, sólo
una raza menguada....
¡Quién creyera
que de la estirpe de la misma gloria;
que de la raza de Pelayo mismo,
de Bolivar, de Sucre, de mil héroes
de ésa raza inmortal, fuéramos hijos!....

. . . .

III

Huiste Libertad! porque á tu templo
entró rabiosa la codicia avara,
y alzó tu insignia que á las ciegas turbas

seduce y arrebata. La Discordia
sus negras sierpes esparció en el campo;
y de la tierra que la sangre bebe,
derramada en tu nombre, ¡oh diosa triste
proscrita de mis lares! desde entonces,
mana veneno y podredumbre mana.

¿No ves ¡oh Libertad! con cuánto empeño
tu nombre invocan en igual porfía,
el tirano, y el siervo, y el verdugo?
¿No ves al mercader cómo te invoca?
¿No ves cuál pasa tu pendón glorioso,
de mano en mano criminales tintas
en roja sangre de inocentes?....
¿Oyes
aquel lamento, que el gemir sin calma
parece del océano? Es el llanto,
es el clamor sin esperanza, el grito
de dolor y protesta que á los cielos
mudos, indiferentes, inmutables,
alzan miles de víctimas en coro
lúgubre, en medio á la estruendosa furia

del choque de la guerra, y la matanza.
¡Quién las inmola, dí? ¿Por qué ésa sangre
corre á torrentes, que la tierra sorbe
tán insaciable y ávida y sedienta,
que jamás se sumerge, como un día,
menos copioso la inundó el diluvio
de las aguas del piélago!...
El escombro
contempla ¡oh diosa!, que dejó el incendio;
mira la huella que dejó en los campos
el paso de las hordas despiadadas;
mira la escuela en abandono, mira
el templo augusto convertido en circo
de matanzas horrendas.... Vé á la viuda
sumida en soledad; y en qué miseria
no está el hogar del que rodó á la sombra
bajo el acero del hermano, ¡oh crímen!
Vé cómo gime en afrentosos hierros
el víctima del odio y los rencores,
ó á destierro proscrito, ó bajo el yugo
de desprecio que irrita; y vé el cadáver
del adalid que, en sorpresivo asalto,

matado fué como dañina bestia.
¡Cuán espantosos crímenes! ¡oh diosa!
Estos y más que recordar no quiere
mi mente triste, en tu sagrado nombre
y al pié de tu estandarte, se consuman!....

¡Quién tu nombre profana y tu bandera,
y en ira enciende á las salvajes hordas?
¿Quién arma ésos ejércitos? Quién arma
el odio y el furor que á muerte lidian?
¿Quién fomenta discordias, y venenos,
y venganzas horribles, sañas fieras,
¡ay! que hasta el polvo silencioso mueven
de la mansión del inviolable olvido?
¿Quién alienta al soberbio y al tirano
que la revuelta desde el fondo aborta
del abismo social? Quién los instintos
negros adula con lisonja y dolo?
¿Quién aplaude al verdugo y escarnece
á las víctimas? ¡Ay! ¿quién las carlancas
rompe de los presidios y arma al crimen?...
¿Será el traidor, que, en su impasible, innoble

pecho preñado de maldad ostenta
el aureo premio á la lealtad debido?
¿Será el rufián que ante la honrada inopia
el pré recibe de su oficio infame,
de manos del hebreo, que el peculio
del pueblo tiene en tráfico de Judas?
¿Es la calumnia? ¿El delator impune
que la confianza á los verdugos vende,
sacrifica al amigo, sacrifica
sin piedad, á la madre, á la consorte,
al anciano y al niño? ¿Ese Proteo
de formas mil, que donde quiera se halla,
y está y discurre: en el salón y el antro,
en el templo, en la cátedra, en la logia;
vigila en el hogar y en el garito
y hasta al enfermo moribundo atisba?
O el favor oficial, ancho y soberbio,
que cauda arrastra de opulencia y crimen,
y á plena luz entre homenages pasa,
que á rendirle solícitos se encorvan
caciques, gamonales y señores
y siervos galeotes sin cadena!....

O es la legión siniestra en que militan
el tránsfuga; el sicario; el que da muerte
con daga ó lengua, ó por envidia mata;
el juez vendido; el coronista á precio;
el juglar alquilado, histrión imbecil
que fe y conciencia en almoneda pone!....

¡Oh diosa Libertad! vuelve á mi patria,
mas con acero de justicia vuelve!
Al Capitolio por los aires entra:
pasa la grada anchísima: tu efigie,
tu sacra efigie en abandono yace,
cual viejo adorno que arruinó el olvido.
Mira á tu lado á la divina Astrea:
rota la espada tiene, y su balanza,
perdido el fiel, sin equidad oscila,
Entra al viejo palacio donde fueron
desde Bolivar ínclito, en el solio,
héroes, guerreros, próceres y sabios,
altos ingenios, corazones fuertes,
y grandes y magnánimos espíritus.

En el estrado, la injusticia alienta;
en el recinto de la ley, declaman
contra la voz de la verdad rotunda,
rábula intonso, suspicaz; maligno
alquilado hablador; y en todas partes,
en salones y claustros y jardines
discurren y trafican, zumban, chocan,
burócratas, tahúres, ébrios, vagos,
damiselas á sueldo, torvas gentes
de presidio ó cadalso, y turba multa
de pretorianos, que el antiguo lustre
de nuestras armas ínclitas empañan.

¡Ah! Nunca, nunca, ni en el tiempo aciago
de obscuridad cruel, mi patria viera
tanta abominación, ni en tan audaces
ni torpes manos el destino estuvo
del pueblo á quien con ánimo rigieron
Roca, y Urvina, y Rocafuerte insignes,
y el gran tirano igualador. ¡Oh nunca!
¿Hoy? qué degradación! Idolos, siervos.
leyes y miras, enseñanzas, normas,

todo es pequeño, y tórpido, y mezquino.
Menguada, la ambición; el credo, falso;
la fe, cobarde; hasta la guerra es baja,
y ridículo el miedo, el torpe miedo
del desengaño en confesar rebelde
su propio error, ¡oh ceguedad sin nombre!...

¿En dónde estás ¡oh juventud! ¡Despierta
de ésa tu aciaga sugestión! No debes
tán sólo el brío que incansable pones
en la lucha por ser, á nuestra patria;
ni ella te llama á ensangrentarle el suelo,
que te dá fértil y fecundo, en lidias
y guerras torpes de rencor de hermanos,
que ante Dios y ante el mundo te envilecen.
Despierta ¡oh juventud! Entra á la arena,
donde el Destino de la patria aguarda
con impaciencia tu concurso noble.
Allí, en el juego olímpico, disputa
puesto, y honra, y poder; y con tu brazo
de legión, invencible, y con tu mente
libre de sombra, en el abismo entierra

para siempre jamás á los menguados
que, por tu mengua, el pabellón tremolan
de la anarquía, libertad mintiendo!

. . . .

. . . .

. . . .

IV

¡Oh diosa Libertad! vuelve á mi patria,
mas con acero de justicia vuelve.
  Nuevo pendón de vívidos colores,
vírgen de mancha, en el azul despliega;
y arma el brazo del fuerte y arma al justo,
y al inocente; y á la turba ignara
á quien arrastra la maldad astuta
por el atroz libertinaje al vicio
y á degradante esclavitud,—y al pueblo
libértalos del mal, y las cadenas
que atan al bien quebrántalas ¡oh diosa!

Mas, si no hallares en la patria mía
ni justos ni inocentes; si la sangre
de pueblo y juventud veneno fuese;
si el odio de Caín, protervo, impera;
si la ambición frenética y bastarda
á la noble ambición se sobrepone;
si la discordia emponzoñada ha muerto
en todo pecho al patriotismo santo;
si es la vida en la patria eterna lucha
de pasiones horrendas y de enconos;
si la guerra civil, furia implacable,
clavó por siempre su girón de sangre,
de muerte, de exterminio,... entonces huye
de la tierra del mal, ¡oh triste diosa!
mientras renace el bien....

¡Tú. Chimborazo!
prende la chispa de la hoguera enorme
que há siglos duerme en tu profundo abismo.
Fúnde tu nieve secular, y lánza
inagotable catarata.... Inúnda
valles y alcores, yermos y poblados.

Láva de sangre y de veneno y crimen
la atmósfera, y el légamo, y la roca;
y, cuando el agua á sumergir no baste
tanta abominación, tanta vergüenza,
llàma ¡oh monarca! á tu legión andina
á la batalla del incendio!.... Ríos
fulgentes caigan del alud de fuego
que calcine y devore y torne en nube
á la mies mala, al envidioso espino
de simiente maldita, al suelo inmundo.
Y sean las cenizas *humus* fértil
sobre el cual vuelva en bendecida lluvia
el vapor blanco que exhaló la llama.
Mas, pasada tu cólera, se vea
rota y hendida hasta sus bases hondas,
la valla ingente que la senda obstruye
de la Tiro del Guayas hacia el bello
edén primaveral de las planicies.
Rómpe esa valla ¡oh Chimborazo! y vengan,
por rauda vía, en numerosa y larga
inmigración pacífica, otros pueblos,
otras razas viriles, otros hombres.

Sus dioses traigan por delante, y libres,
desplegadas al viento, sus banderas;
y, desde el Carchi al Macará remotos,
del Pacífico mar al Amazonas,
henchida sea de linaje nuevo,
en paz, y libertad, y alta ventura,
la tierra de la patria, cuya historia
gloriosa, vivirá mientras el mundo
en torno al astro de la vida ruede.
¡Venga otra raza, en aluvión fecundo:
es el hombre que al hombre le sucede!

Ecuador. En los Andes.

Octubre de 1898.

